

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

**FILOSOFIA**  
Y  
**LETRAS**

*REVISTA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

**45-46**

*ENERO-JUNIO*

**1952**

*I M P R E N T A      U N I V E R S I T A R I A*

# **UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

Rector:

**DR. LUIS GARRIDO**

Secretario General:

**DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE**

## **FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Director:

**DR. SAMUEL RAMOS**

# FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA  
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR-FUNDADOR:

*Eduardo García Máynez*

SECRETARIO:

*Juan Hernández Luna*

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71  
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país..... \$ 11.00

Exterior .....Dls. 2.00

Número suelto.... \$ 3.00

Número atrasado .... 4.00

## Sumario

### ARTICULOS

	Págs.
José Díaz García . . . . .	<i>La unificación de los reinos españoles operada por los Reyes Católicos</i> . . . . . 9
Rogelio Díaz Guerrero . . . . .	<i>Rasgos y sumaria historia del moderno behaviorismo norteamericano</i> . . . . . 59
José Gaos . . . . .	<i>La lógica jurídica de Eduardo García Máynez</i> . . . . . 99
Eduardo García Máynez . . . . .	<i>Principios ontológicos y ontológico-jurídicos sobre el hacer y el omitir</i> . . . . . 125
Eli de Gortari . . . . .	<i>La filosofía en China</i> . . . . . 131
Alfonso García Ruiz . . . . .	<i>Sociogénesis del mexicano</i> . . . . . 145
Angelina G. de Moreleón . . . . .	<i>Algunas formas del valor y de la cobardía en el mexicano</i> . . . . . 165
Sergio M. Fernández . . . . .	<i>El inmanentismo del Infierno de Quevedo</i> . . . . . 175
Juan Hernández Luna . . . . .	<i>El filosofar de Samuel Ramos sobre lo mexicano</i> . . . . . 183
Felipe Pardinás Illanes . . . . .	<i>Ensayo sobre las relaciones entre indeterminación y causalidad</i> . . . . . 225
Oswaldo Robles . . . . .	<i>Panorama de la psicología en México. Pasado y presente</i> . . . . . 239

	Págs.
Francisco Monterde . . . . .	<i>En torno a Los de abajo, del doctor Mariano Azuela</i> . . . . . 265
Bernabé Navarro B. . . . .	<i>Didáctica de las lenguas clásicas</i> . . . . . 271
Luis Weckmann . . . . .	• <i>La Edad Media en la conquista de América</i> . . . . . 291
Ramón Xirau . . . . .	<i>A. N. Whitehead: Tres categorías fundamentales</i> . . . . . 311
Alfonso Zahar Vergara . . . . .	<i>Dos actitudes escépticas: San Agustín y Descartes</i> . . . . . 327

#### RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Isaías Altamirano . . . . .	<i>El antiguo Oriente.</i> (David George Hogarth.) . . . . . 333
Ismael Diego Pérez . . . . .	• <i>Historia de las Indias.</i> (Fray Bartolomé de las Casas.) . . . . . 336
Joaquín Macgrégor . . . . .	<i>Endliches und Ewiges Sein.</i> (Edith Stein.) . . . . . 340
Jesús Montejano Uranga . . . . .	<i>El mahometismo.</i> (H. A. R. Gibb.) . . . . . 342
Laura M. de Manzano . . . . .	<i>La X en la frente.</i> (Alfonso Reyes.) . . . . . 345
Fernando Salmerón . . . . .	<i>El perfil del hombre y la cultura en México.</i> (Samuel Ramos.) . . . . . 349
Fernando Salmerón . . . . .	<i>Conciencia y posibilidad del mexicano.</i> (Leopoldo Zea.) . . . . . 353
Pedro Rojas Rodríguez . . . . .	<i>El arte religioso del siglo XII al XVIII.</i> (Emile Mâle.) . . . . . 356
Luis Weckmann . . . . .	<i>Una desorientación occidental.</i> (Eduardo Espinosa y Prieto.) . . . . . 364
Jesús Zamarrípa Gaitán . . . . .	<i>Ricardo Wagner.</i> (W. H. Hadow.) . . . . . 369
J. H. Luna . . . . .	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras</i> . . . . . 375
Publicaciones recibidas . . . . .	. . . . . 381
Registro de revistas . . . . .	. . . . . 382

## DOS ACTITUDES ESCEPTICAS: SAN AGUSTIN Y DESCARTES

El escepticismo ha caracterizado a dos tipos de pensadores: a aquellos cuya preocupación filosófica los ha obligado a un radicalismo de fundamentación que solo puede fincarse en un escepticismo, utilizado éste como método, y estos son los filósofos auténticamente geniales, y por contra y en extremo a aquellos pensadores representantes de las épocas definitivamente decadentes en quienes el escepticismo no se ha significado como método sino precisamente como posición.

Descartes y San Agustín pertenecen, como es evidente, al primer grupo; pero la significación de este método escéptico implica en ambos una actitud diametralmente opuesta. En el Santo significa la humildad, en el Moderno significa la soberbia y la vanidad racional.

Analicemos el por qué de esta afirmación: San Agustín, —recordemos esas hermosísimas páginas de sus *Confesiones*—, toma posición filosófica cuando muy joven aún se afilió a la secta de los Maniqueos. Esta actitud en el Santo fué tan transitoria como en la historia la secta misma. Antes de llegar firme y sólidamente a la luz de la cristiandad pasó por otro mal de su tiempo, —como lo fué el maniqueísmo—, pasó por el academismo y ahí aprendió esa actitud escéptica que tanto sirve al filósofo cuando la sabe utilizar dentro de sus dimensiones normales.

El paso de Agustín por el academismo fué transitorio. La interpretación que Cicerón había hecho en su obra *Académicos* fué la doctrina que asimiló el Santo para creer en esta posición equivocada. Los académicos no negaban la verdad de las cosas, tan solo refutaban que existiese un médio de comprobación, de aseguramiento de la misma. Por ello podemos considerar que el antecedente de este escepticismo en Agustín solo lo es de un modo general. La mediocridad filosófica de los académicos la

constatamos por el simple hecho de que no llegaron a madurar su posición en una forma elaborada. No lograron cuajar una fórmula de duda que implicara realmente un acto filosófico original, como ocurre en San Agustín y Descartes. Para los académicos el escepticismo no significa un punto de partida en la meditación, implica tan solo una mediocre actitud de tipo epistemológico. Pero esto es suficiente para San Agustín, y su genio permitirá utilizar su experiencia de su tránsito por el escepticismo académico, para fundir una fórmula que exprese un punto de partida en la filosofía.

Históricamente, al superar el escepticismo académico, critica la exposición ciceroniana de los *Académicos* y escribe el *Contra Académicos* en donde presenta argumentos dialécticos de tipo común. Esta refutación se constituirá en superación en otras obras, años más tarde. El genio agustiniano supo obtener el fruto positivo de sus errores. Qué mejor forma de aprovechar el escepticismo académico que entenderlo como un afán de implantar una base sólida para la filosofía.

La experiencia escéptica en San Agustín, tomada de su tránsito por el academismo, implica no una fórmula que exprese partir de la duda para concluir en el ser; expresa simplemente la necesidad que tiene el Santo de encontrar un sólido punto de apoyo que le permita, con un criterio natural, centrar un antecedente existencial.

Lo que se hace necesario para San Agustín es establecer un sólido punto de partida en la investigación filosófica. Es buscar una evidencia que naturalmente acepte la inteligencia para fincar la posibilidad de la reflexión filosófica. Siente San Agustín la necesidad de iniciar su meditación partiendo de un punto que resulte indubitable. En este sentido, el antecedente se finca en la actitud escéptica que asumió durante algunos años. Pero su genio le permite hacer a un lado la pobre actitud de duda, para superarla con una evidencia existencial: la imperfección del hombre lo coloca constantemente en posibilidad de error.

Si la filosofía es un afán de penetrar en la realidad, fincando una noción de lo que sea el mundo y la vida; si la filosofía es el anhelo más íntimamente humano de entender la realidad tal y como se nos presenta, no a mi modo particular, sino en una proyección de conocimiento universal, resulta natural que el hombre dedicado a estos menesteres se afane en que el punto de partida sea sólido e inmovible. Y qué punto más sólido que encontrar una noción evidente que finque mi ser, desde el cual se va a estructurar esa cosmovisión. Si el filósofo se afana en proyectar su yo

diáfananamente, sin deformaciones subjetivas, en la realidad, para tomar una perspectiva auténtica de ella, es necesario que ese afán lo inicie fincando su yo en una sólida afirmación.

Así pudo llegar Agustín a afirmar: si me equivoco, soy. El equivocarse supone reconocerse como un sujeto imperfecto, en el cual la actitud derivada de su propia naturaleza implica la equivocación, el aceptar como verdaderas cosas que no lo son y viceversa. El argumento que lo lleva dialécticamente a la afirmación de su ser, es el antecedente de reconocer sus imperfecciones; más que sus posibilidades, su potencia de error; si estoy sujeto a equivocarme es porque soy; así califica San Agustín, mediante esa afirmación, las características propias de la naturaleza humana, su limitación de ser. No obstante que de todos los seres de la naturaleza el hombre es el único capaz de tomar conciencia de sí mismo, tiene además el mérito de tomarla dentro de sus limitaciones naturales.

Si me equivoco soy, es la afirmación del ser que humildemente reconoce su situación en el cósmos; tiene el hombre el privilegio excepcional de tomar conciencia de su ser y fincar una percepción sólida del mundo y de la vida, pero debe aceptar como antecedente de su afirmación la capacidad de equivocarse.

Marcel nos dice ahora que la filosofía implica una actitud concreta, una actitud que yo realizo, pero ello no niega que si la estructuro sólidamente, se impregna de las notas esenciales de éste ya que la elabora. Y entre sus notas está la universalidad, sin necesidad de recurrir a artificios tan sutiles pero que nos alejan tanto de la realidad como un *ego* trascendental a lo Kant.

Por ello San Agustín se vió obligado —obligación filosófica— a fincar ese punto de partida, dándole la importancia que amerita en una reflexión filosófica, sin proyectarlo a una dimensión exagerada como lo hace Descartes siglos más tarde. Porque si bien es importante consolidar el punto de partida, más lo es, posteriormente, estructurar una concepción del mundo y de la vida. Por eso, dentro de la obra agustiniana el tema de esta meditación inicial no ocupa la importancia que en la reflexión cartesiana. Para el santo lo importante no es tanto el punto de partida como la meta a la que lleguemos.

El hombre es un ser operante, y raquítica filosofía será aquella que desmedidamente se preocupe en fundar la reflexión que la inicia, en menoscabo de su desarrollo. San Agustín da a la filosofía misma la medida



propia que le corresponde. En todo hombre hay un deseo evidente y constante de explicarse mediante su razón lo que es el mundo y la vida, concepción que le significará un antecedente de su acción, la cual lo llevará o desviará a la consecución del fin propio de su naturaleza. Pero si esta exigencia surge con presión racional, junto a ella hay otras que imperativamente lo llevan a actuar. Cuando el hombre se sitúa dentro de la realidad, dentro de las proporciones que objetivamente le corresponden, sabe dar a este afán filosófico el lugar que le corresponde. Pero cuando el hombre se desborda y quiere constituirse en centro de la realidad, es natural que el punto de partida racional de la filosofía se constituya en tema no sólo de primera, sino de exagerada magnitud.

Descartes, de ahí su genialidad, representa la mentalidad de su tiempo, y en múltiples aspectos se adelanta a la historia, la cual estará matizada durante muchos años de los rasgos que evidenció Descartes en su pensamiento.

Las épocas de crisis significan el momento en que los hombres cancelan la vigencia a las ideas que les explican el mundo y la vida y buscan, sin hallarlas, nuevas ideas positivas. Tanto Agustín de Hipona como Descartes del Perrón viven dos épocas de crisis. Pero, qué diferente manera de vivirlas. San Agustín es el hombre que va a resolver una crisis situando a lo humano en el lugar que adecuadamente le corresponde en la realidad, va a dar vigencia a un conjunto de ideas que los hombres de su siglo y de los venideros aceptarán, y vivirán en función de ellas. No se trata sólo de la filosofía que expresa y académicamente propone el Santo en sus diversos escritos. Se trata de eso y algo más: es la actitud con que el Santo va a vivir; es la manera no sólo racional con que va a entender las cosas; es la actitud vital, implicando con ello la comprensión racional y la lograda a través de las otras facultades del hombre, con respecto del mundo, que es él mismo, y lo que lo rodea.

En cambio, Descartes es el pensador cuya obra tipifica una época de crisis que se resuelve colocando al hombre, y sectariamente a su razón, como centro de la realidad. Qué excesos va a significar este modo de entender las cosas. Basta que pensemos en los sofismas de un Hegel, que trágicamente engendraron en lo político los totalitarismos. El reinado de la razón, cuando ésta pierde los límites normales de su acción, se constituye en una vulgar tiranía que desorbita al hombre y lo aniquila en su vana fatuidad.

Para caracterizar por contraste la actitud del ilustre pensador francés del siglo xvii veamos como el horizonte que el hombre toma en su afán de comprensión de la realidad, es de dos tipos. Uno de ellos implica una actitud espontánea, natural, dócil ante la realidad que se le muestra. El ejemplo más egregio de esta actitud es Aristóteles que mediante ella elabora una formidable concepción realista.

La otra actitud es la del hombre en quien ha entrado el virus de la suspicacia; es el hombre que ante la realidad y sus semejantes asume una posición de cuidado; les teme, empieza a creer que esa realidad y esos semejantes lo engañan. El hombre se ha sobrevalorado, se quiere constituir en centro del cosmos y como reconoce su debilidad, sus limitadas potencias, la falta de elementos que le permitan el control de esa realidad, hace reaccionar a esa debilidad en forma de suspicacia. Si de inmediato me doy cuenta de mi debilidad ante el cosmos, si veo mi pequeñez ante la realidad, pero no quiero aceptarla, si confío vanidosamente en que podré constituirme en su amo y señor absoluto, necesito asumir una actitud crítica en la que mediante la desconfianza logre yo fundamentar una sólida posición de control.

Así se elabora antes que una ciencia, un método científico que nos asegure —se cree— el control absoluto de ese sector de la realidad que va a estudiar cada una de las ciencias. No sólo las ciencias, toda la organización económica, política y social se va a estructurar en función de este afán de control y dominio absoluto que obliga al antecedente de una actitud crítica.

Descartes otorga toda su reflexión filosófica a servir ese nuevo falso ideal del hombre: el dominio de la realidad por la inteligencia. La Edad Moderna en sus primeros siglos tiene como epígono definitivo a este filósofo francés, cuyo mérito, debemos expresarlo, no sólo radica en representar a su época, sino en representarla genialmente.

En el pensamiento de Descartes, junto a este tono de crítica negativa que venimos utilizando para exponerlo, debemos expresar también que constituyó la posibilidad de grandes jalones en la cultura moderna. Esto no es otra cosa sino reconocer la característica propia con que el hombre actúa en el horizonte histórico. En un radicalismo falso como en el que se situó Descartes, su filosofía permite, no obstante, la elaboración de nuevas aportaciones —auténticas— en ese afán permanente del hombre por penetrar la realidad. Cuando el hombre aporta su pensamiento a explicar

la realidad dentro de un radicalismo como el que caracterizó a Descartes, la posibilidad de error es extraordinaria, mas junto al reconocimiento de esa falla captamos el extraordinario jalón que permitió dar la reflexión cartesiana.

Pero, centrándonos en el escepticismo cartesiano: el filósofo se cree engañado por todos, sus propios sentidos le pueden ofrecer datos falsos. Y así surge la preocupación del ego. Lo importante ya no es que el mundo en sí no sea, sino que los informes que yo recibo no sean auténticos. Este yo engañado necesita encontrar una evidencia y la encuentra en la duda, la cual supone un ser pensante. Ahí está el descubrimiento, porque la evidencia, lo axiomático es un sólido punto de partida. Al menos, eso nos indica la matemática, la cual para Descartes fué la ciencia modelo. Y no podía ser de otro modo. Ella trabaja con seres creados por la inteligencia y constituye un sistema que va a funcionar como paradigma. Si el afán es estructurar sólidamente —racionalmente— el conocimiento de la realidad, habrá que seguir el modelo de la ciencia estrictamente racional. Pero veámoslo claro: la Matemática se presenta en Descartes con máximo rigor de exigencia científica, como ciencia modelo, precisamente por ser una ciencia estrictamente racional, por ser un producto puro de la inteligencia. Si queremos que el mundo y la vida se nos presenten claros y distintos, debemos ser congruentes y utilizar para su explicación un método y una ciencia como la matemática, mas no por su rigor objetivo, pues éste le viene precisamente por ser una ciencia de seres de razón.

Sintetizando y regresando fundadamente a nuestras primeras afirmaciones: San Agustín y Descartes utilizan el escepticismo como el método propio para fincar el primer principio que ha de dar firmeza al edificio filosófico. ¡Pero qué actitudes tan diferentes implican ambos!

Agustín reconoce su deficiencia ontológica: si me equivoco, soy. Humilde aceptación de nuestra naturaleza.

Descartes parte de considerar su yo como el centro, como el punto importante de la realidad, y quiere que no le engañen: si dudo, pienso, y si pienso soy. Vana soberbia que le hará caer en la cruel reclusión del pensamiento.

ALFONSO ZAHAR VERGARA